

La actividad del veedor de obras de cantería en los arciprestazgos vascongados de la diócesis de Pamplona (siglos XVII y XVIII)

(The activity of the quarry works supervisor in the Basque archpriesthoods of the diocese of Pamplona (17th and 18th centuries)

Azanza López, José Javier
Univ. de Navarra
Departamento de Historia del Arte
Campus Universitario
31080 Iruñea

BIBLID [1137-4403 (2000), 19; 277-291]

La intervención del veedor eclesiástico en los arciprestazgos vascongados dependientes de la Diócesis de Pamplona resulta constante a lo largo de los siglos XVII y XVIII. El veedor velaba en todo momento por el buen discurrir de las fábricas a través de sus informes, dictámenes o tasaciones, de manera que los vicarios ven en su figura una salvaguarda a los intereses de sus parroquiales. El tema nos ha permitido asomarnos a la cultura arquitectónica, a la diversidad de la arquitectura como actividad intelectual o manual, y al concepto de maestro cantero de la época, a la vez que hemos conocido nuevos datos de la arquitectura barroca guipuzcoana.

Palabras Clave: Cantería. Veedor. Arciprestazgos vascongados. Diócesis de Pamplona.

Iruñeko Diozesiaren menpeko euskal artzapez-barrutietan, eliz ikuskatzailearen partehartzea etengabea izan zen XVII. eta XVIII. mendeetan. Ikuskatzaileak fabriken martxa egokiaz arduratzen zen momentu orotan, bere txosten, irizpen edo tasazioen bidez, halako eran non bikarioek parrokiaren interesen zaintzaile gisa ikusten zuten pertsonaia hori. Gai hori ukitzerakoan, hainbat alderdi ikustatu ahal izan dugu: kultura arkitektonikoa, arkitektura buru ala esku-jarduerarekin den alternatiba eta garaiko hargin-maisuaren kontzeptua, eta bide batez Gipuzkoako arkitektura barrokoaren datu berriak ezagutu ditugu.

Giltz-Hitzak: Hargintza. Ikuskatzailea. Euskal artzapez-barrutiak. Iruñeko Diozesia.

L'intervention de l'inspecteur ecclésiastique dans les archiprêtrés basques dépendants du Diocèse de Pampelune est constante au cours des XVII^e et XVIII^e siècles. L'inspecteur veillait à tout moment au bon fonctionnement des fabriques au travers de ses rapports ou taxations, de façon à ce que les vicaires voient en lui une sauvegarde des intérêts de leurs paroissiens. Le sujet nous a permis de nous pencher sur la culture architectonique, sur l'alternative de l'architecture en tant qu'activité intellectuelle ou manuelle, et au concept de maître carrier de l'époque, en même temps qu'il nous a permis d'apprendre nouvelles données sur l'architecture baroque de Guipuzcoa.

Mots Clés: Taille de pierre. Contrôleur. Archiprêchés basques. Diocèse de Pampelune.

En la Edad Moderna las fronteras diocesanas respondían con frecuencia a áreas geográficas afines y eran mucho más racionales que algunas de las divisiones administrativas actuales. Los límites de la diócesis de Pamplona se fueron definiendo a lo largo de los siglos XVI a XVIII; a la misma pertenecían los dos Arciprestazgos de Tolosa y Fuenterrabía, que estuvieron bajo la mitra pamplonesa hasta el concordato de 1851, tras el cual pasaron, al igual que la villa alavesa de Oyón, al nuevo Obispado de Vitoria. Al formar parte de la diócesis pamplonesa, la presencia del veedor eclesiástico en los pueblos y villas guipuzcoanos resultaba frecuente.

LA FIGURA DEL VEEDOR DE OBRAS DEL OBISPADO

Las *Constituciones Sinodales* del Obispado de Pamplona, ordenadas en 1591 por don Bernardo de Rojas y Sandoval, especificaban que el puesto de veedor de obras eclesiásticas habría de ser desempeñado por diferentes maestros expertos en cada una de las materias artísticas, de manera que sus informes y reconocimientos se limitasen al terreno en el que quedaba demostrada su pericia¹. La importancia del veedor fue enorme, ya que debía aprobar planes y proyectos para cualquier obra dependiente de la iglesia -parroquias, cementerios, casas abaciales, hospitales-, supervisarla durante su ejecución, y litigar en los numerosos pleitos que interponían los maestros ante la Curia eclesiástica. Debemos tener en cuenta también que el propio veedor era el encargado por el Provisor para proporcionar la “orden y traza” de muchas obras encomendadas más tarde a otros artífices. La capacidad y formación, así como las fuentes artísticas de este cargo diocesano, debieron de ser fundamentales, ya que desde su puesto pudieron ejercer una especie de dirección artística sobre los maestros y construcciones llevadas a cabo en el Obispado. A partir del siglo XVII se sucedieron en el cargo de veedor de obras de cantería Francisco Paelear Fratín (1602-1637), su hijo Pedro Paelear Fratín (1637-1698), Juan Antonio San Juan (1698-1741), y ya en la segunda mitad del siglo XVIII diversos maestros entre los que destacan José Pérez de Eulate, Esteban de Múzquiz, Manuel de Iribarren o Manuel de Larrondo². Nuestra comunicación tratará de informar acerca de la función que desempeñaron en las localidades vascongadas que formaban parte del Obispado de Pamplona.

FRANCISCO PALEAR FRATÍN

Una de las primeras actuaciones de Francisco Paelear Fratín nada más acceder a su cargo de veedor en 1602 tuvo lugar en Alegría de Oria, para la que su antecesor Miguel de Altuna había facilitado traza y condiciones destinadas a la ejecución de un templo de nueva planta, ajustándose la obra con Francisco de Landa, vecino de la tierra de Vidania. Sin embargo, la traza de Altuna fue considerada defectuosa por diversas personas peritas en el arte de la cantería, dado que las paredes nuevas cargaban sobre las viejas, “*las quales por ser flacas y antiguas se van desmoronando y corren peligro de caerse*”, con el consiguiente riesgo que esto suponía para la seguridad de la fábrica. Enterados el rector y alcalde de este contratiempo, solicitaron permiso para que el propio Francisco de Landa entregase un nue-

1. *Constituciones Synodales del Obispado de Pamplona. Compiladas, hechas y ordenadas por Don Bernardo de Rojas y Sandoval, Obispo de Pamplona, del Consejo de su Magestad*, Pamplona, 1591, pp. 122-25. Lib 3º, Cap. 5.

2. Un estudio de conjunto de la labor de los veedores de cantería se encuentra en nuestra obra *Arquitectura religiosa del barroco en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998, pp. 89-103.

vo proyecto; éste se puso en contacto con el tracista franciscano fray Miguel de Aramburu, *“maestro cantero que hace el monasterio de San Francisco de la villa de Tolosa”*³, y ambos diseñaron una planta con la cabecera vuelta a occidente y la torre adosada a los pies por el lado del Evangelio, dado que esta situación reportaba sumas ventajas a los vecinos *“así por la postura de la villa como por la mucha utilidad que sentimos en hacer la torre en la dicha esquina por que se oyrán mejor las campanas”*. La nueva traza (Fig. 1) fue revisada en 1602 por Fratrín, quien con ocasión de encontrarse en Asteasu estimando la torre parroquial, se llegó hasta Alegría y dio su consentimiento para ponerla en ejecución: *“digo que la dicha traza del dicho Landa está buena, y que se deve de loar, y executar; y que para el provecho de la yglesia y comodidad del pueblo conviene que el Altar mayor sea hazia poniente”*. Afirmaba por último que la fábrica debía levantarse de mampostería, cerrando la capilla mayor, colaterales y sacristía con bóvedas de crucería, en tanto que el cuerpo de la iglesia quedaría llan- no o pincelado⁴.

Este mismo año de 1602 Fratrín se desplazaba hasta Zumárraga, cuya iglesia parroquial de nueva planta había sido contratada en 1577 por Santuru de Arizti según traza de Miguel de Altuna; tras quedar interrumpida la fábrica por la muerte del cantero, en 1596 los cabildos acordaron su continuación con el cantero Juan de Aguirre. Seis años más tarde el veedor eclesiástico reconocía la labor efectuada por Aguirre, tasándola en 2.304 ducados⁵. Paralizadas de nuevo las obras, fueron reemprendidas en 1610 por Martín de Basagoitia⁶.

En 1608 se documenta su presencia en la iglesia parroquial de Motrico, cuya capilla mayor y colaterales se encontraban muy deterioradas, al igual que el coro y la torre campanario, de manera que si no se acudía a su pronto remedio el templo corría peligro de venirse abajo, *“con cuyo temor entran todos los parroquianos a oyr los oficios divinos”*. Hasta la villa se llegó Fratrín, quien constataba personalmente la ruina de la capilla mayor y colaterales y de la torre, así como la necesidad de levantar una nueva sacristía de piedra labrada que sustituyese a la existente de madera. El veedor facilitó traza y condicionado para proceder a su reparación, de manera que el 9-8-1608 se ajustaban las obras con el maestro cantero Martín de Urquiaga. Al año siguiente se verificaba su tasación, para la que fue nombrado el propio Paelear Fratrín por parte de la parroquia; a juicio de su rector, la presencia del veedor eclesiástico en cuantas estimaciones se llevasen a cabo en las iglesias del Obispado resultaba imprescindible para salvaguardar sus intereses y evitar el perjuicio económico que a éstas pudiera causarse como consecuencia del favoritismo entre maestros canteros: *“todas las dichas obras se tasan y estimen por el bedor de obras de este Obispado, como de hordinario se suele hacer, porque de otra suerte será grande el fraude y daño que recibirá la dicha ygle - sia”*. Por parte de Martín de Urquiaga acudió como tasador maese Martín de Apategui. Ambos dieron por buenas las cantidades invertidas en la fábrica de la iglesia, si bien hacían constar que todavía no se habían finalizado las obras de torre y sacristía⁷.

3. Sobre la figura de fray Miguel de Aramburu, consúltese I. CENDROYA ECHÁNIZ, *Arquitectura conventual en Guipúzcoa* (s. XVI-XVIII). Las franciscanas, San Sebastián, Editorial Franciscana Aránzazu, 1999, pp. 108-14.

4. Archivo Diocesano de Pamplona (ADP). Garro. C/178- Nº 11. La evolución posterior de las obras es recogida por F. ELEJALDE y J. ERENCHUN, *Alegría de Oria-Amézqueta-Ugarte-Alzo-Bedayo*, San Sebastián, 1974, pp. 25-29.

5. ADP. Garro. C/178- nº 1. Nuestro más sincero agradecimiento a D. José Luis Sales y D. Isidoro Ursúa.

6. S. ANDRÉS ORDAX, “Arte” en *País Vasco*, Colección Tierras de España, Madrid, Noguer, 1987, p. 216.

7. ADP. C/291- Nº 3.

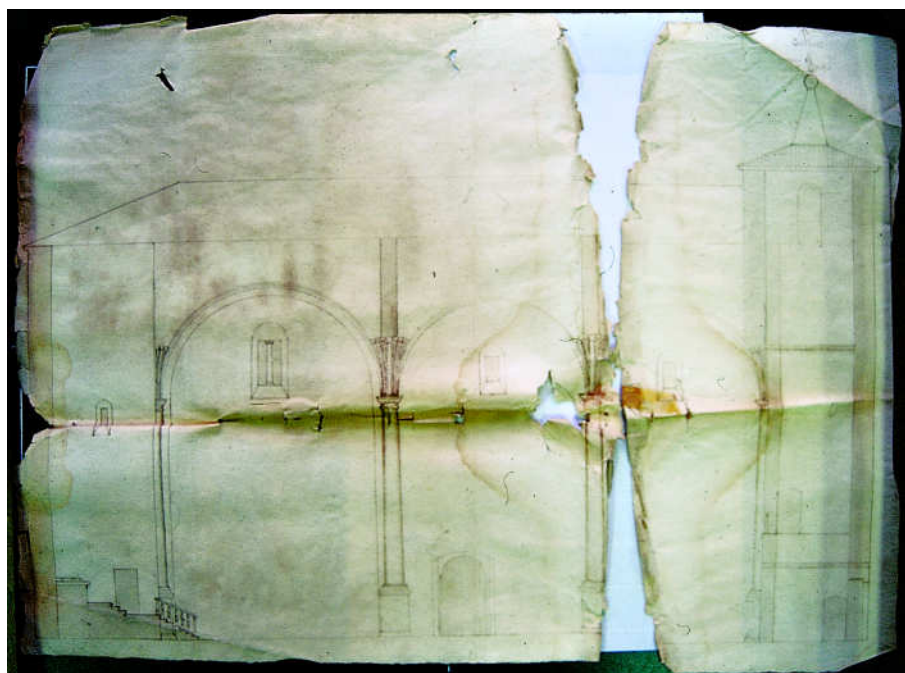
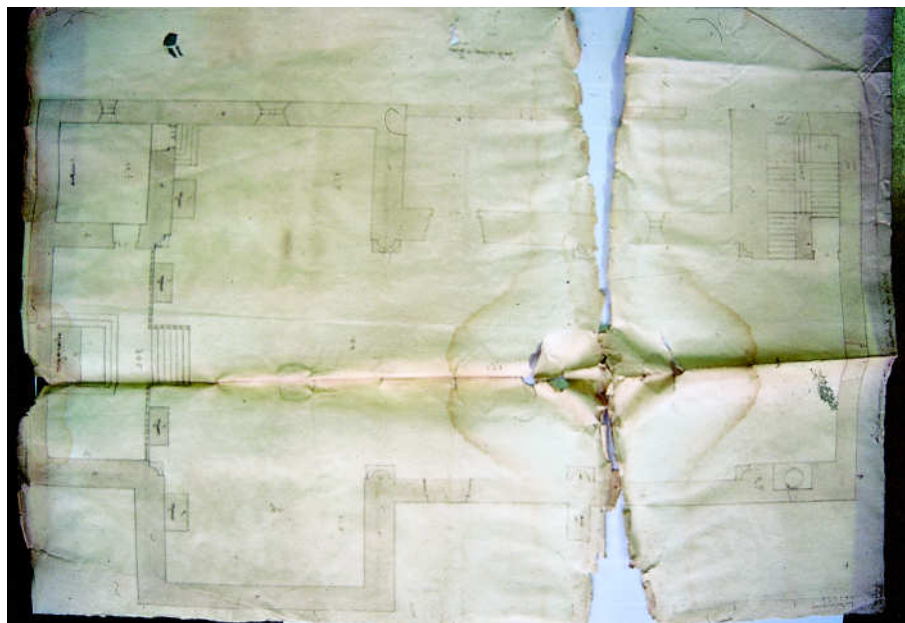


Fig. 1. Francisco de Landa. Planta y alzado para la parroquia de Alegría.

El mismo año de 1608 se personaba en la localidad de Vidania para efectuar la retasación de la sacristía de la iglesia parroquial de San Bartolomé, construida por maese Joan de Ayerza. Una primera valoración había corrido a cargo de los canteros Hernando de Loidi y Gracián de Egaña, quienes estimaron su coste en 1.150 ducados; pero se produjo la protesta de la iglesia al considerar excesiva dicha cantidad, de manera que intervino Palear Fratín, quien halló que la obra no valía más de 12.000 reales (1.090 ducados), en los que quedaban incluidos también dos altares colaterales que no fueron contemplados en el primer reconocimiento⁸.

Algunas de las intervenciones más interesantes de Palear Fratín tuvieron como protagonista a la parroquia de San Martín de Régil, cuyas obras de ampliación de crucero y cabecera contrató el 9-4-1577 Martín de Landerráin, con la condición de darlas por finalizadas en el plazo de once años; sin embargo, falleció en 1587 antes de cumplir con su cometido, siendo sustituido por su hijo Martín, quien se prolongó en las obras hasta bien entrado el siglo XVII. En 1612 se suscitó la polémica entre el cantero y el Regimiento de la villa con motivo de la ejecución de unas gradas en el presbiterio para elevar el retablo mayor; ambas partes presentaron sendas trazas (Figs. 2 y 3) que diferían sustancialmente en su concepción, de manera que se hizo necesaria la presencia del veedor para resolver el conflicto. Tras revisar los dos proyectos, Fratín redactaba el 2-2-1613 un informe acompañado de un dibujo explicati-

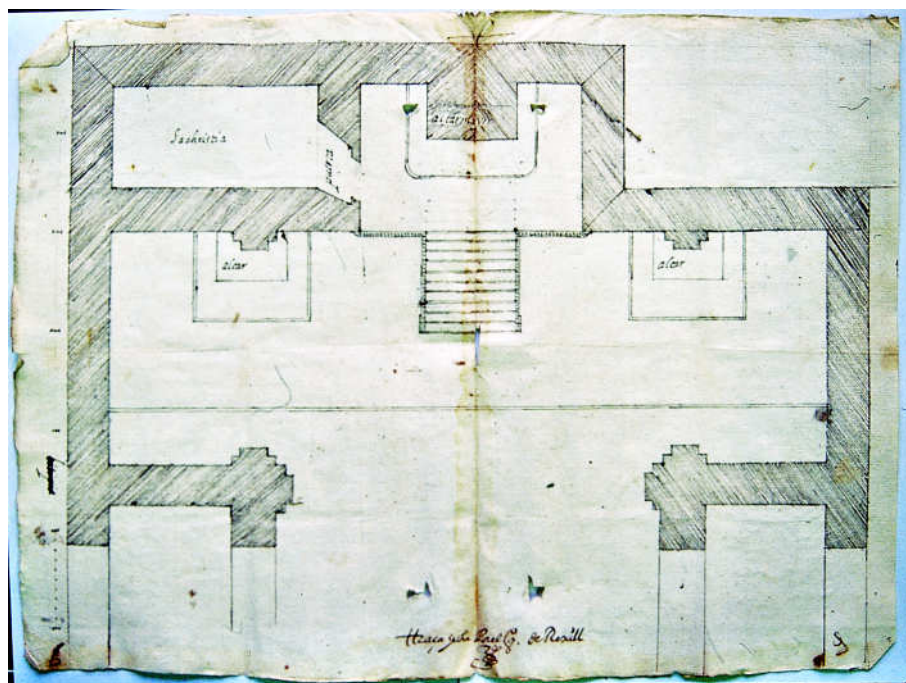


Fig. 2. Trazo del Regimiento para la iglesia parroquial de Régil.

8. ADP. Marichalar. C/461- Nº 16.

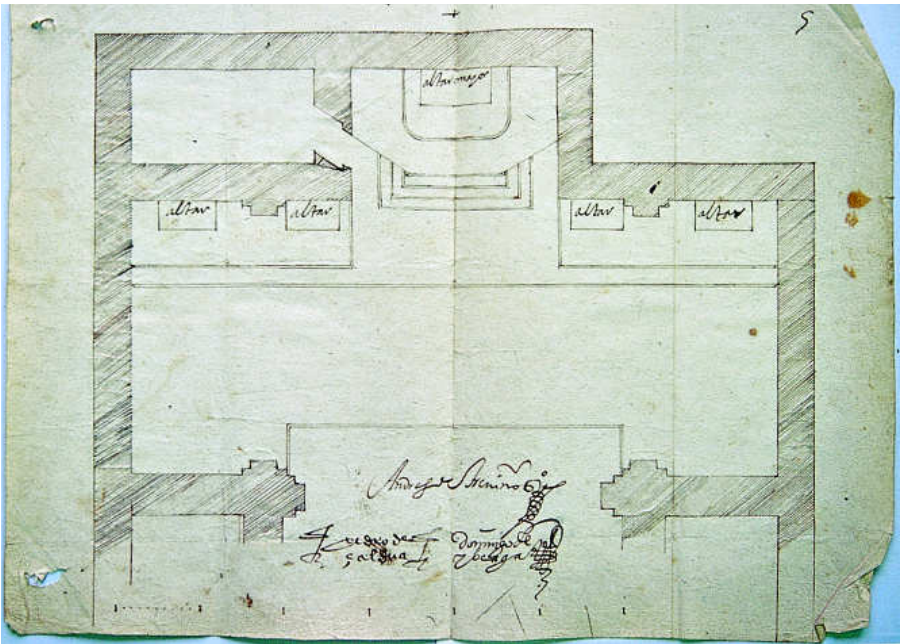


Fig. 3. Trazo de Pedro de Zaldúa y Domingo de Ibeaga para la iglesia parroquial de Régil.

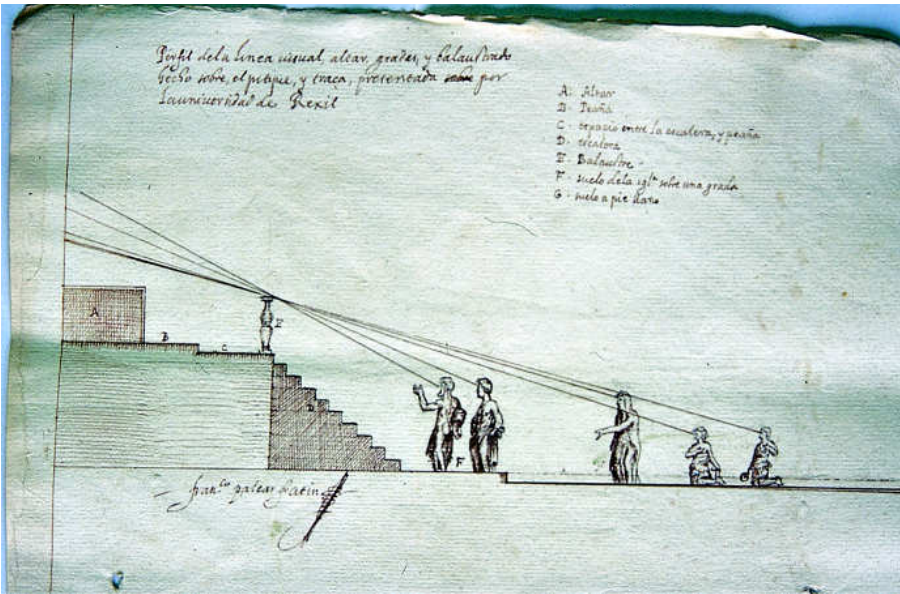


Fig. 4. Dibujo explicativo de Francisco Palear Fratin.

vo (Fig. 4) por el que desestimaba las soluciones propuestas, basándose para ello en su conocimiento de las leyes de perspectiva y del cálculo de los ángulos visuales de una persona. Así, afirmaba que de llevarse a efecto la traza entregada por el mayordomo Gabriel de Eguillor en nombre del Regimiento *"la gente no descubriría el altar mayor, como parece por el perfil que presento, por donde se ve que la vista que se hace por línea recta da en el balaustrado, y de ahí pasa más alto del altar mayor, y esto es de la gente que está en pie, que los que estén de rodillas alcanzarán a ver menos, porque forman sobre el dicho balaustrado el ángulo de la línea visual más obtuso, que todos estos inconvenientes son muy grandes"*. Tampoco debía ejecutarse la traza propuesta por Martín de Landerráin -diseñada por los maestros Pedro de Zaldúa y Domingo de Ibeaga-, dado que así como la anterior estorbaba a la vista por estar demasiado alta, *"ésta lo hace por estar demasiado baja, porque no alcanza a ver el altar mayor por causa que el ángulo de la línea visual de la vista viene a formarse muy agudo"*. En consecuencia, Fratin entregó su propio diseño (Fig. 5) *"tomando el camino de medio de las dos traças, habiendo tenido consideración a los inconvenientes de la una y de la otra susodichos, pues así quedará el altar en su proporción con las gradas, balaustrado y asientos, todo de mucha autoridad y adorno"*⁹.

En 1621 se documenta nuevamente la presencia de Paelear Fratin en Régil, en esta ocasión en compañía de Juan de Yerategui, nombrados por la parroquia y Martín de Landerráin respectivamente para tasar las obras ejecutadas por éste. Al no ponerse de acuerdo ambos maestros fue necesaria la intervención de un tercero, Francisco de Landa, quien estimó el coste total de las obras en 9.700 ducados, cantidad con la que estuvieron de acuerdo Fratin

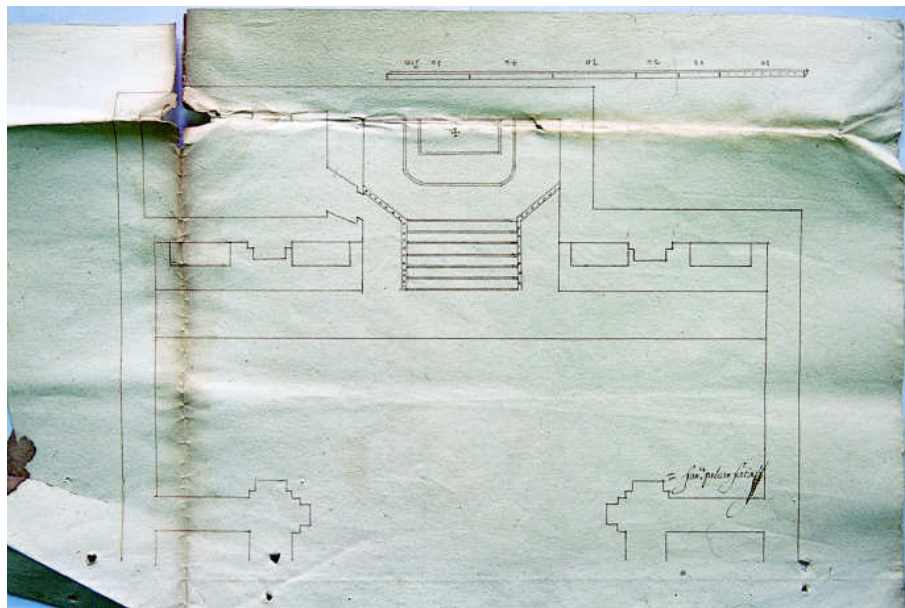


Fig. 5. Trazo de Francisco Paelear Fratin para la iglesia parroquial de Régil.

9. ADP. Treviño. C/244- Nº 16.

y Yerategui. Sin embargo, Landerráin se consideró perjudicado en más de la mitad de su justo precio, por lo que solicitó una retasación; a ella se opuso el Regimiento de Régil, aduciendo que *“la tasación se ha hecho por el veedor y maese Joan de Yerategui y maese Francisco de Landa, que son de los maestros más peritos de este Obispado, y la retasación sería costosa para la yglesia y la haría el dicho cantero a su modo, por ser los maestros de la provincia pan y aguados suyos y tener baledores, y ser el vicario de aquella yglesia su hermano e interesado en la obra”*. En este contexto se enmarca una declaración de Francisco Palear Fratin en la que hace alarde de su erudición citando a Vitruvio -a quien califica de *“divino autor”*- para criticar los numerosos defectos que había encontrado en la obra de Landerráin y defender su concepto de la arquitectura como arte liberal y no como actividad mecánica: *“El buen oficial no tan solamente está obligado a hacer la obra buena, y sana, así bien conforme al arte, que por eso la hay, y dada de Vitruvio, y los demás que han escrito siguiendo a este divino autor; esta obra tiene grandes y notables errores en el arte, como se ve en la cabecera de fuera, en la cornisa y en los arcos perpiaños, que no se puede sufrir cualquier destas cosas, y no hay raçon que lo pueda excusar... A este oficial de Régil no se le hace agravio, a la yglesia sí, con quedar con su daño de la imperfección del arte, que se echa de ver lo poco que puso della, y el poco cuydado que tuvo no dándosele nada desto aun por su mesma honra y reputación, y quiere que se le pague la obra como la más perfecta. Pues dessa manera no hay para qué los oficiales defienden el arte de la arquitectura, sino labrar un sillar, y salga la obra como saliere, pues se la han de pagar como si fuera muy perfecta”*. Finalmente en 1627 se produjo una nueva tasación, en este caso a cargo de los canteros Miguel de Landa, Juan Martínez de Osandola, Bartolomé de Berrueta y Martín de Erbálaz, quienes de plena conformidad estimaron el valor de la obra en 9.251 ducados¹⁰.

En 1613 se suscitó un pleito entre el rector de la parroquia de San Martín de Berástegui y don Francisco de Berástegui, dueño de la casa, solar y palacio de dicho lugar, con motivo del derecho de asientos que tenía este último en el templo. En aras a su resolución, ambas partes coincidieron en que resultaba necesario sacar *“por cualquier persona que sepa de cantería y pintura que se allare en la villa de Tolosa o cerca de ella, la planta de toda la dicha yglesia en la forma que está aquélla”*. El rector propuso a Francisco de Olano o Pascual de Inea, pero finalmente el cometido recayó en el veedor Francisco Palear Fratin. Éste se desplazó a la localidad el 12-4-1614, donde dibujó la planta de la parroquia con tal detalle que *“por la dicha traza se podrá ver todo lo que se desea de las cosas que hay en la yglesia con gran distinción, como si actualmente se estuviese dentro de la dicha yglesia de Berástegui”*. No faltaban en ella el altar mayor con su retablo, la sacristía, el banco objeto del pleito -situado en el crucero al lado de la Epístola, marcado con la letra H-, el coro, el sobrecoro, la torre o la puerta de ingreso al templo (Fig. 6). El propio Fratin volvió a efectuar una nueva declaración un mes más tarde, pues el vicario hizo notar que había un error en la traza y que lo que aparecía como coro no era sino un sobrado sin luz en el que se almacenaban los frutos primiciales; aseguraba el veedor que era coro con luz suficiente para que los sacerdotes pudieran leer, *“pues ahí escribía yo y notava los números y letras para hacer la dicha traza”*¹¹.

Una nueva intervención de Fratin tuvo lugar en 1614 con motivo de las obras de ampliación de la capilla mayor de la parroquia de San Miguel de Lazcano. La traza había sido entregada a finales del siglo XVI por Miguel de Altuna, y su ejecución recayó en los maestros Domingo de Areztiburu y Martín de Apestegui; pero tras el fallecimiento de ambos, la continuación

10. ADP. Olló. C/761- Nº 19.

11. ADP. Treviño. C/247- Nº 53.

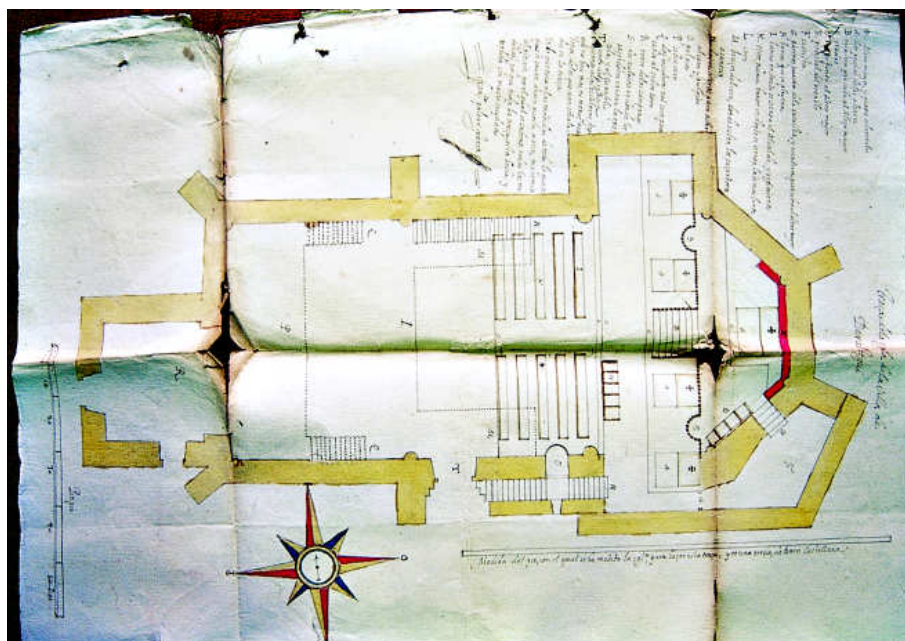


Fig. 6. Francisco Palear Fratrín. Planta de la parroquia de San Martín de Berástegi.

de la fábrica corrió a cargo del hijo de este último, Miguel de Olano y Apestegui. Una vez finalizada, en 1602 se procedió a su reconocimiento por parte de Beltrán de Muguerza y Juan de Aguirre, quienes estimaron la obra en 42.113 reales. En 1613, el vicario y primicieros de la parroquia solicitaron una segunda tasación, pues tras haber sido informados en secreto por maestros canteros del valor de la obra, consideraban excesiva la primera cantidad en que se tasó. Para tal fin solicitaban la presencia en la villa del veedor eclesiástico, para que a una con el maestro que nombrase Miguel de Olano, procediesen a su revisión; mas al no acudir nadie por parte del cantero, Fratrín redactó en solitario su informe que firmaba el 31-1-1614. A través del mismo conocemos algunos datos de las obras de cantería efectuadas en la parroquia: capilla mayor y capilla colateral con sus bóvedas de crucería, bóveda grande del cuerpo de la iglesia, puerta principal, reparación de muros y estribos... El veedor eclesiástico calculaba el coste de las obras en 11.432 reales y no más, a la vez que emitía un juicio sumamente crítico sobre maese Olano, cuya labor encontraba *"muy desproporcionada, sin orden ni razón de Arquitectura... Y porque la maestría se da al oficial por la habilidad que tiene y pone en hacer las obras, bien y perfectas, ésta no lo está, luego sigue que no se le debe dar la maestría, y pongo por testigo ser verdad lo susodicho a la misma bóveda de la capilla mayor, que lo está diciendo"*¹². Inclu-

12. Esta declaración de Palear Fratrín resulta de sumo interés, pues corrobora la hipótesis de que en cantería, a diferencia de otras profesiones, no existía un examen para acceder a la categoría de maestro, sino que ésta se obtenía merced a la calidad de las obras ejecutadas. En la misma línea se manifestará años más tarde José de Goyenechea, quien niega la existencia del título de maestro para los canteros navarros: *"...Siendo cierto que a los maestros canteros no se les despacha título de examen por tener Hermandad en todo este Obispado y Reyno de Navarra, teniendo sus principios de aprendiz y manzebo con peritos de este arte, después por las obras que executan por sí se acreditan de maestros y los buscan como a tales"*. J. J. AZANZALÓPEZ, Op. cit., p. 39.

so afirmaba que debían descontársele al cantero 20 ducados de la tasación por las numerosas incorrecciones de la fábrica, *“pues si la yglesia está obligada dárselos al oficial por la perfección della, déselos agora el cantero por la imperfección della, salvo si hay ley que la yglesia esté obligada a cumplir con su obligación, y los canteros no”*.

Miguel de Olano se negó a aceptar dicha declaración, asegurando que Fratin *“no tiene ninguna práctica de las obras de cantería, y todo lo que juzga es por sola especulación, y así es incierto todo lo que dice”*. En consecuencia, se procedió a un tercer reconocimiento, para el que fueron comisionados Mateo del Pontón por parte del vicario y Juan de Olate por el maestro; mas al no ponerse de acuerdo, se nombró por tercero a Juan Vélez, quien en su informe insistía en los defectos señalados por Fratin: *“las paredes y estribos y pilares están bastante fuertes, aunque allo que la obra no está en su planta ni alçados ni cerramientos conforme arte ni buena proporción, ni executada de maestro perito, y aunque está segura, no está bien cortada ni vistosa conforme a buena proporción”*. Mateo del Pontón aceptó esta declaración, y ambos -Pontón y Vélez- tasaron la obra en 31.550 reales, cantidad sensiblemente superior a la del veedor. Por su parte, Juan de Olate, realizó otro informe por su cuenta, encontrando la fábrica correctamente ejecutada y valorándola en 39.007 reales¹³.

También se documenta la presencia de Palear Fratin en Andoáin, localidad a la que acudió en diversas ocasiones para efectuar reconocimientos y tasaciones en su iglesia. La primera tuvo lugar en 1617, cuando procedió a valorar en compañía de Nicolás de Gayaraza las paredes de la capilla mayor y capillas colaterales efectuadas por Juan de Garayburu, estimando su coste en 5.724 ducados; tan sólo disentían ambos maestros en la cantidad de la cal, motivo por el cual fue nombrado por tercer tasador el cantero vecino de Tolosa Francisco de Landa. Sin embargo, Garayburu se consideró sumamente perjudicado por la tasación, acusando al veedor eclesiástico de tasar muy por debajo del precio real. Ante las quejas del cantero, Fratin aseguraba haber actuado en todo momento de acuerdo con los demás tasadores, en especial con Francisco de Landa, quien le había manifestado que *“sería bien que maese Joan callase y no revolviere la salsa, que será en su daño, y que si le ve le cantará el credo en romance”*¹⁴. Una segunda tasación tuvo lugar en 1620, en esta ocasión de la bóveda de la capilla mayor, en cuya ejecución Juan de Garayburu empleó piedra blanca extraída y transportada en carretas desde el puerto de Pasajes de San Juan. Para el reconocimiento fueron nombrados Francisco Palear Fratin y Domingo de Ibeaga por parte de la parroquia y el maestro respectivamente; sin embargo, no se llegó a elaborar un informe por escrito, debido a que *“se ofreció un negocio repentino al dicho maese Ybeaga, que sin poder acabar hubo de irse”*. En consecuencia, la tasación quedó en suspenso y hubo de procederse a una segunda estima, para la cual Garayburu se negó a que fuese nombrado Fratin: *“Y tiene declarado su voluntad no conviene que él sea de nuevo estimador, sino otro maestro, quien V.M. nombrare de parte de la yglesia”*, escribía al Vicario General del Obispado. Ésta tuvo lugar en 1624, a cargo de Domingo de Ibeaga y Juan de Yrategui, que en estos momentos actuaba como veedor de obras eclesiásticas del Obispado en sustitución de Palear Fratin¹⁵.

13. ADP. Treviño. C/256- Nº 68.

14. ADP. Treviño. C/ 285- Nº 2; y C/305- Nº 27.

15. Aunque desconocemos las causas exactas, es cierto que en 1624 ejerció como veedor eclesiástico el maestro Juan de Yrategui. Como tal, diseñó la traza del crucero y cabecera de la parroquia de Arizcun, y emitió un informe acerca de las obras del cerco del cementerio que llevaba a cabo el cantero Domingo de Sarasti en la localidad de Cemoráin, declarando que las obras se encontraban imperfectas y facilitando una nueva traza que sustituía a la anterior de Fratin; también fue nombrado como tercer perito para estimar las obras de cantería ejecutadas por Domingo

Otra intervención de Palear Fratín en tierras guipuzcoanas aconteció en 1630, cuando el vicario y cabildo de la iglesia parroquial de Beizama recibieron del maestro Francisco de Landa la traza de las obras que debían acometerse en la sacristía, cementerio y gradas de entrada a la iglesia; pero el alcalde y regidores de la villa la rechazaron, y encargaron otra a maese Juan Martínez de Aguirre. Ante el conflicto surgido entre ambas partes, se hizo necesaria la presencia del veedor eclesiástico, quien tras reconocer los dos proyectos recomendó el de Martínez de Aguirre¹⁶.

En 1632 Palear Fratín acudió a la villa de Atáun a estimar, en compañía de maese Pedro de Arburola, las obras ejecutadas por Francisco de Zubicueta en su iglesia parroquial de San Martín, consistentes en dos capillas colaterales de yeso y ladrillo con sus lunetos y tres arcos guarnecidos y artesonados, lucir las cuatro capillas de la iglesia y la nave mayor, y otras obras en muros y tejados. La tasación ascendió a 3.636 ducados, cantidad que fue considerada excesivamente alta por el vicario y mayordomos, quienes solicitaron un nuevo reconocimiento. Las obras se retasaron en 3.102 ducados, de manera que se volvió a pedir una tercera tasación, en este caso por parte del maestro cantero, quien se consideraba perjudicado. El patronato de la parroquia accedió a ello siempre y cuando pudiese nombrar tasador de fuera de la Diócesis, *"por quanto el dicho Zubicueta tiene por amigos a los más de los maestros deste Obispado, y en otros casos semejantes se ha hecho lo mismo"*. De esta manera, en 1640 llegaban a la villa Juan de Urruela, maestro de obras vecino de Calahorra, y Juan de Zugasti, vecino de Idiazábal, nombrados por la parroquia y Zubicueta respectivamente; mas al no ponerse de acuerdo en la cantidad, cada uno realizó un informe diferente, de manera que fue necesario el concurso de un tercer maestro elegido de común acuerdo por ambas partes. El cometido recayó en Juan de Zumeta, quien estimó las obras en 3.049 ducados, precio en el que finalmente quedó fijada la labor del cantero por mandato del Vicario General¹⁷.

JUAN ANTONIO SAN JUAN

Algunas de las intervenciones que Juan Antonio San Juan efectuó como veedor eclesiástico en localidades guipuzcoanas -Amézqueta, Régil, Atáun, Gaviria- resultan ya conocidas¹⁸, de manera que trataremos de complementarlas con otras surgidas a la luz de la documentación.

En 1701 San Juan se desplazaba hasta la villa de Amézqueta para litigar en el pleito originado con motivo de la construcción del cuerpo de su iglesia parroquial, cuya traza y condiciones habían sido facilitadas en 1647 por Miguel de Landa y Miguel de Abaría; su ejecución se ajustó con Martín de Galarza, quien debía construir el cuerpo de la nave con el coro y la torre para las campanas, y la puerta principal de la iglesia. Pero Galarza falleció sin fi-

de Areiztiburru en la parroquia de Santa Fe de Zaldivia, al disentir los maestros Martín de Abaría y Martín de Landerráin en su primera tasación.

16. ADP. Ollo. C/710- Nº 3.

17. ADP. Mazo. C/564- Nº 20.

18. Consúltase al respecto M.I. ASTIAZARÁIN, *Arquitectos guipuzcoanos del siglo XVIII. Martín de Zaldúa, José de Lizardi, Sebastián de Lecuona*, San Sebastián, Diputación Foral de Guipúzcoa, 1988, pp. 109, 176 y 240; y *Arquitectos guipuzcoanos del siglo XVIII. Ignacio de Ibero. Francisco de Ibero*, San Sebastián, Diputación Foral de Guipúzcoa, 1990, p. 8.

nalizar su labor, de manera que en 1693 se firmaba un nuevo contrato con el cantero de As-teasu Pedro de Beroiz. Habiendo dado éste principio a la obra, encontró que cuatro estribos hechos por Galarza estaban defectuosos, razón por la cual la iglesia amenazaba ruina; en consecuencia, solicitaba a los dueños de las casas Artechea, Espilla, Echaiz, Virtatea y Zurutuza de la villa, que en la escritura de convenios firmada en 1647 con Martín de Galarza se habían constituido en fiadores del cantero, reparasen a su costa lo que fue mal construido por aquél. Pero los susodichos se negaron, aduciendo que las obras que hizo Martín de Galarza fueron reconocidas y aprobadas el año 1669 por Nicolás de Zumeta y José de Echeverría. Así las cosas, el 18-11-1701 el Vicario General del Obispado mandaba efectuar un reconocimiento al veedor San Juan; tres días más tarde se personaba en la villa, donde dictaminó que la obra de Galarza estaba ejecutada conforme a las condiciones, y que la causa de la ruina fue el haber descubierto Pedro de Beroiz los tejados por la parte de las paredes y estribos, de manera que las aguas penetraron en los cimientos. San Juan se mostraba crítico con Beroiz, a quien acusaba de no haber actuado correctamente: *“debió advertir Pedro Veroiz cómo entraba y se sumía el agua a dichos cimientos, y que en las fábricas que están en uso y hace tiempo que estaban hechas y sin vestigio de ruina, son dañosas, y debió ir echando las aguas fuera, según iba trabajando, sin dejar los terrenos anteriores descubiertos”*. Su informe concluía con un condicionado para solucionar el problema con la mayor seguridad y el menor gasto posible para la parroquia¹⁹.

En 1706 Juan Antonio San Juan se desplazaba hasta la localidad de Zaldivia, donde había surgido un conflicto entre el vicario y los mayordomos de su iglesia parroquial. El primero había obtenido licencia para realizar ciertos reparos en la casa vicarial, que a su juicio amenazaba ruina, pero los mayordomos protestaron por considerar que debían acometerse obras en el templo que resultaban más urgentes, como la dotación de ornamentos para el culto divino, la construcción de una nueva capilla para trasladar el altar de San Juan Bautista, o la apertura de una claraboya en la nave. Ante tan manifiesta discordia, San Juan fue comisionado para comprobar el estado de la casa vicarial, constatando que las labores que había emprendido el vicario resultaban *“útiles, precisas y necesarias”*. No obstante, había experimentado también la poca luz de la iglesia parroquial, de manera que ordenaba abrir en el espacio del coro hacia el mediodía una claraboya de siete pies de diámetro con sus frentes de piedra labrada; considerando la dificultad de la obra, recomendaba la contratación con un maestro cantero de plena confianza: *“y porque el paraje es peligroso y requiere ciencia y experiencia para su ejecución, declaro que dicha claraboia en caso de executarse sea por maestro de inteligencia y experiencia”*²⁰.

En 1711 Juan Antonio San Juan se llegaba hasta Oreja, donde el rector de la parroquial había obtenido licencia para reedificar, a cargo de las rentas primiciales, una pared maestra de la casa rectoral; pero el alcalde y Regimiento se opusieron a ello, alegando que la iglesia se hallaba muy necesitada de objetos de culto. Se mandó hacer una inspección al veedor eclesiástico, a resultas de la cual las dos partes llegaron a un acuerdo²¹. Una actuación muy similar tuvo lugar en Berástegui, donde tras haber dado comienzo las obras de la casa seroral, el alcalde y mayordomos de la iglesia mandaron paralizarlas, aduciendo que re-

19. ADP. Echalecu. C/ 1.369- Nº 16. Un estudio sobre el devenir de la fábrica se encuentra en F. ELEJALDE y J. ERENCHUN, Op. cit., pp. 47-51.

20. ADP. Olo. C/1.461- Nº 14.

21. ADP. Olo. C/1.466- Nº 5.

sultaban peligrosas para la seguridad del templo. En consecuencia se mandó hacer visita e informe al veedor eclesiástico, tras el cual el Obispado autorizó la continuación de la fábrica²².

Una nueva intervención de Juan Antonio San Juan tuvo lugar en Beasáin, en cuya iglesia parroquial los maestros Juan de Carrera y Esteban de Abaría habían ejecutado a partir de 1700 la cubierta y coro de su iglesia parroquial conforme a la traza de Martín de Zaldúa. Sin embargo, en 1727 las bóvedas y el coro se resquebrajaron y amenazaban ruina total, tal es así que los feligreses se negaban a entrar en la iglesia y la celebración de los divinos oficios tuvo que trasladarse al pórtico del templo. Comisionado el veedor eclesiástico para comprobar el estado de la fábrica parroquial, hallaba que las bóvedas no estaban correctamente ejecutadas en sus monteas ni en sus cortes, ni los arcos torales trabajados en correspondencia con el toral antiguo; y lo mismo sucedía con el arco del coro, uno de cuyos machones cargaba sobre falso, de manera que también era defectuoso. A la vista del informe, el Obispado mandó demoler coro y bóvedas, a la vez que obligaba a los fiadores y herederos de los maestros a restituir a la parroquia los 1.500 pesos en que fue concertada la obra, dado que *“la hicieron sin arte y faltando a lo capitulado”*; pero éstos se negaron a aceptar cualquier responsabilidad, aduciendo que Carrera y Abaría ejecutaron la fábrica siguiendo la segunda de las trazas que les entregó Zaldúa. Al no llegarse a un acuerdo entre las partes en litigio, en 1728 se procedió a un nuevo reconocimiento por parte de Antonio de Larraza y José de Lizardi que volvió a confirmar la imperfección de las obras realizadas a comienzos de siglo. Entonces Juan Antonio San Juan entregó traza y condicionado para las bóvedas, cuya ejecución debía correr por cuenta de los fiadores en el plazo de dos años, en compensación a lo cual recibirían el producto de las cuatro primicias y media siguientes. Sin embargo el maestro albañil Francisco de Urruzuno ofreció una nueva traza de las bóvedas y notable rebaja en la reedificación de las mismas. La obra fue puesta finalmente a remate de candela, siendo adjudicada al carpintero de Tolosa Juan de Guesalaga²³.

VEEDORES DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII

Ya en la segunda mitad de la centuria se documenta la presencia del veedor eclesiástico José Pérez de Eulate en Berástegui. Según don Andrés de Belaunzarán, rector de su parroquia, el altar de Nuestra Señora de la Soledad se hallaba en el cuerpo de la iglesia con desigualdad a los demás, y deseando una persona devota que se pusiese en simetría con las capillas del Rosario, del Pilar y de las Ánimas, en 1761 hizo reconocer el espacio a Francisco de Ibero, quien dos años antes había entregado el diseño para la sacristía, lavatorio y tránsito de hierro²⁴; el maestro del Colegio de Loyola dispuso la traza y condiciones para la obra, calculando su coste en 8.052 reales. Sin embargo, el plan de Ibero fue sustituido por otro más ambicioso de Martín de Carrera, *“maestro de obras de notoria y conocida pericia”*, quien decidió ampliar el espacio de la nave dotando de mayor extensión a la capilla de la Soledad, ya que a su juicio la iglesia se había quedado pequeña al haberse producido el aumento de la población en más de una tercera parte; el coste de la nueva capilla, con arco de ingreso, articulada por pilastras y cubierta por una bóveda de crucería, ascendería a 37.137

22. ADP. OIlo. C/1.495- Nº 11.

23. ADP. OIlo. C/1.539- Nº 1.

24. M.I. ASTIAZARÁIN, *Arquitectos guipuzcoanos del siglo XVIII. Ignacio de Ibero...*, pp. 188, 317 y 338.

reales. Así las cosas, el rector solicitó el reconocimiento del proyecto de Carrera al veedor Pérez de Eulate, *“por cuya dirección se han ejecutado las obras que han ocurrido en la yglesia en los últimos años, y que con este motivo la tiene vista muchas veces y se halla bien enterado de su estado”*. El 26-11-1762 firmaba su informe como veedor de obras del Obispado, encontrando precisa y necesaria la ampliación propuesta por el maestro guipuzcoano; se hallaba en conocimiento además de que los vecinos ayudarían con peones, acarretos y otras labores, y significaba que la obra debía ajustarse directamente a jornal con un maestro de plena confianza y no mediante el remate a candela, *“respecto que por ser obra de añadimiento y enlace con la vieja necesita hacerse con sumo cuidado para precaver los fraudes y graves prejuicios que pueden seguirse”*. Con la misma finalidad de asegurar el buen ocurrir de la fábrica, ordenaba que *“al tiempo de plantearse asista el mismo Carrera que ha formado traza y condiciones, y que con alguna frecuencia repita el reconocimiento de la obra conforme se fuere ejecutando, para su mayor seguridad”*²⁵. Un día más tarde se concedía la licencia de obras, para cuya dirección se ofreció el vecino de la villa Sebastián de Labayen, aunque finalmente recayeron en el maestro cantero Juan Ignacio de Goyenechea²⁶.

En 1769 Santiago de Mendiola, maestro de obras vecino de Irún, reconocía la torre de la parroquia de San Bartolomé de Ibarra, constatando que se encontraba con peligro manifiesto de ruina a causa de la debilidad de su fábrica compuesta de ladrillo y madera, que en su mayor parte se encontraba podrida. A la vista del informe, el visitador del Obispado, don Francisco Javier Ursúa, ordenó su demolición y ejecución de nueva planta de piedra labrada. Concedida la licencia, Martín de Carrera formó la traza y condiciones, a las que añadió alguna más Javier Ignacio de Echeverría para lograr su mayor seguridad y perfección. La fábrica de la torre fue concertada el 1-7-1769 con el maestro cantero vecino de Tolosa Juan Antonio de Uzcudun, *“reconociendo la singular aptitud, habilidad y suficiencia del mismo, como se ha experimentado en la obra de la Portada de la Parroquial de Santa María de la precitada villa de Tolosa, que se ha executado con el primor que se ve y es notorio”*. Aunque Uzcudun se comprometió a dar por finalizada su labor en el plazo de cuatro años, lo cierto es que hasta 1779 no se procedió a su reconocimiento; para el mismo fueron comisionados don Agustín de Areizaga, rector de la iglesia parroquial de Gaztelu, y el maestro cantero Santiago de Mendiola, quienes la hallaron correctamente ejecutada, calculando su coste en 78.704 reales. Sin embargo, en 1787 se procedió a realizar una segunda estimación, debido a que el patronato de la iglesia no satisfacía las cuentas del importe de las obras de la torre y casa rectoral. El encargo debía de resultar un tanto comprometido, pues algunos de los maestros a los que se acudió rechazaron la propuesta. Así, el donostiarra José Antonio de Arzadun dijo que no podía hacer el reconocimiento por encontrarse ocupado con una comisión de la ciudad sobre la entrega de ciertas obras ejecutadas en el lugar de Pasajes; y cuando sus ocupaciones le permitieron desplazarse hasta Ibarra, se negó a realizar la tasación de la torre al no conservarse la traza con que se ejecutó. Entonces se pensó en Manuel Martín de Carrera, pero éste también se excusó por hallarse en Orduña dirigiendo por orden de Su Magestad la fábrica de la nueva Aduana, asegurando que no le permitían ausentarse de ella²⁷. Fi-

25. ADP. Villava. C/ 2.193- Nº 7.

26. ADP. Irisarri. C/ 2.449- Nº 6.

27. En efecto, la Aduana de Orduña había comenzado a erigirse en 1782, y Manuel Martín de Carrera actuaba como director de obra. M.I Astiazarán se pregunta si su permanencia fue constante en el seguimiento completo de la fábrica, y la respuesta parece ser afirmativa, a juzgar por los motivos que le impedían al maestro desplazarse a Ibarra. M.I. ASTIAZARÁIN, *Arquitectos guipuzcoanos del siglo XVIII. Martín de Carrera. Manuel Martín de Carrera*, San Sebastián, Diputación Foral de Guipúzcoa, 1991, p. 284.

nalmente fue comisionado el veedor eclesiástico Manuel de Larrondo, quien el 3-3-1788 llevó a cabo el reconocimiento en compañía de Juan Ignacio de Arive, maestro nombrado por Uzcudun; ambos examinaron la torre a la luz del condicionado de Carrera, valorándola en 80.120 reales, precio superior al de la primera tasación. Una última noticia nos informa de que tres años más tarde, en 1791, el maestro de obras Manuel José de Larrondomuno entregó traza y condicionado para hacer una nueva puerta principal en la parroquia, al abrigo del cuerpo bajo de la torre, “*condenando la del costado por inútil y perjudicial*”; también su ejecución corrió a cargo de Juan Antonio de Uzcudun²⁸.

Otra noticia relacionada con Manuel de Larrondo tiene lugar en Zaldívar, donde en 1784 el vicario, alcalde y mayordomos solicitaron licencia para ejecutar las obras de ampliación de la parroquia de San Juan, por ser insuficiente su capacidad, dado el aumento de población que había experimentado la villa. El dictamen, proyecto y presupuesto corrieron a cargo del mencionado veedor eclesiástico y Santos Ángel de Ochandátegui, quienes desestimaron una traza anterior de Francisco de Ibero por no encontrarla ejecutada “*con el cuidado y corrección que requieren las de su clase*”. Un año más tarde se contrató la obra -crucero, arco del coro, torre y pórtico- con los maestros Juan Manuel de Balda, Francisco Antonio de Echave y Andrés de Goicoechea, con obligación de acabarla en seis años; pero en 1795 la justicia, Regimiento y vecinos demandaron a los constructores por no cumplir con los plazos previstos, con grave daño para la iglesia, sobre todo por la defectuosa construcción de la torre; a partir de estos momentos se suceden los pleitos, reconocimientos y dictámenes, en los que tomarán parte entre otros Manuel Martín de Carrera, José de Armendáriz, Alejo de Miranda y Francisco Sabando²⁹.

Diversas intervenciones de Larrondo se produjeron también en Baliarráin -donde en 1785 supervisaba las obras de la sacristía³⁰-, Gaztelu, Orendáin y Cegama³¹.

28. ADP. Navarro. C/2.399- Nº 17.

29. ADP. Villar. C/2.793- Nº 1; y C/2.811- Nº 24.

30. ADP. Irisarri. C/2.499- Nº 10.

31. M.I. ASTIAZARÁIN, *Arquitectos guipuzcoanos del siglo XVIII. Ignacio de Ibero...*, p. 273; y *Arquitectos guipuzcoanos del siglo XVIII. Martín de Carrera...*, pp. 174, 256 y 290.